

Echaron á andar, cerraron la puerta, bajaron la escalera, atravesaron el peristilo, haciendo una reverencia al cruzar por delante de la iglesia.

¿Dónde iban?

¡Ah! Si D. Pedro las hubiese visto entonces, habria podido exclamar, imitando al amante de Ofelia:

—¡Mentira, tu nombre es de mujer!

Peró ni D. Pedro las veia, ni jamás leyó á Shakspeare.

 XI.

En que la conspiracion estalla.

Eran graves asuntos de caza y pesca los que discutian, sentados en sendas butacas, y cerca de un velador, aquellos dos buenos señores.

—Desengáñese Vd., Aciselo—decia uno de ellos;—ese perro no ha de servir para maldita de Dios la cosa.

—¿Que no ha de servir? ¡Válgame Dios, que error mas profundo! Está usted equivocado, conde.

El conde pegó una chupadita del desaforado habano que fumaba, y luego movió la cabeza á un lado y á otro para negar.

—¿No ha visto usted—dijo arrojando las palabras de su boca, al mismo tiempo que el humo—que en la cacería de estos últimos días no ha hecho nada bueno? Ese maldito perro es una calamidad. Le han engañado á usted.

—Amigo conde, no estamos conformes. No merecería yo el nombre de comerciante, si hubiese ido á pagar 25 duros por un *pointer*, que luego no me sirviese mas que para discarlo... Reconozco que en la gira de Sierra-Fria no se ha portado del todo bien... pero hay que tener en cuenta que el tiempo era horrible. Recuérdele Vd., conde.

Ya habrán conocido nuestros lectores á don Acisclo Añorbe. Es el otro que le acompaña el conde de Bajo-Imperio, «gran madrugador y amigo de la caza.» Su rostro no ofrece facion bella ni rasgo simpático. Sus ojos, que padecen estrabismo, tienen cierta fijeza é inmovilidad que disgusta. Su cuerpo es alto, fornido, y sus piernas, demasiado largas, encórvanse adoptando la apariencia de un paréntesis, lo cual quita toda la majestad y nobleza al aspecto y talle del señor conde de Bajo-Imperio. Lleva barba rubia recortada, y no deja nunca de la mano un baston, con el cual se golpea suavemente las piernas al hablar, llevando el compás de la conversacion.

—En fin, suspendamos el debate... ¡Ja, ja, ja!—dijo, riendo á mandíbula batiente.—Está usted enamorado de su perro... Yo, en el caso de Anita, tendria mis celos... Hombre, ¿y Anita? Me han dicho que está mala.

—Sí, señor; sí lo está...—respondió D. Acisclo, con acento triste, y entenebreciendo su

rostro las sombras de la pena.—Y lo peor es que yo no sé á qué atribuir su dolencia... Pasó tres dias en la cama con fiebres, con delirios... Frecuentemente le acometian accidentes nerviosos, largos síncofes...

—¡Diablo de afecciones nerviosas! Son el escollo de la ciencia médica, ó por mejor decir, de la ignorancia médica... Esas personas en quienes el sistema nervioso está muy desarrollado, con perjuicio del resto del organismo, hállanse predispuestas á morir antes que nadie, y predispuestas á resucitar al otro dia de enterradas. Se ven casos que espantan.

—Yo no sé si Ana estará aún levantada; lo preguntaremos, y si todavía no se ha retirado, porque con su enfermedad el médico la ha prescrito un descanso absoluto, y se acuesta á las cinco ó cinco y media, iremos á verla.

Don Acisclo llamó á un criado y le preguntó lo que queria saber. Mientras volvía la respuesta, siguió hablando así el conde:

—¡Mal haya los nervios! Acisclo, yo creo que, á no variar de conducta, nuestros descendientes del siglo XXI, si es que hay siglo XXI, que yo lo dudo, van á ser inútiles para todo. Veránse entonces cáfilas de mequetrefes del tamaño de este baston, delgadillos, pálidos, ojerosos, sin aliento para nada, y tan delicaditos como muñecos de alcorza... ¡Y todo por los nervios!

—En cambio, si sus cuerpos son débiles,

sus espíritus son esforzados, su pensamiento vuela, su alma alcanza á lo desconocido y se apodera de ello, su...

—Sí, sí—interrumpió el conde, agitando su cigarro para quitarle la blanca ceniza y reavivar el fuego.—Ya conozco esa vieja fábula... No ignoro que han inventado el *teléfono*, y el *micrófono*, y el *megáfono*, y otras niñerías de la ciencia.

—Ya sabe Vd. que no peco yo de liberal; pero, sin embago, no encuentro justas esas burlas.

—¡Calle, hombre, calle por Dios! No incurra usted en esas vulgaridades de los génius del día. ¿Vale el *micrófono* algo mas que la fé que ha perdido la sociedad? ¡Si es cosa de risa! Han descubierto un aparato, con el cual se oyen como cañonazos las pisadas de una mosca; pero en cambio no saben lo que les pasa en el alma, ni oyen la voz que dentro de ella les truena, no como cañonazos, sinó como hundimientos de catedrales, como desgaje de montañas... qué sé yo, como algo terrible, parecido á la trompeta del juicio final.

—Vea Vd... ¡en eso no estamos conformes! Esos inventos tienen aplicaciones que dignifican al hombre poniéndole en posesion del mundo, haciéndole señor de la tierra... Porque yo creo que Dios, al dar á nuestros primeros padres el derecho de supremacia sobre todos los seres de la creacion, no hizo más que en-

tregarles una letra á 3.000 años vista, y pagadera en plazos... Y, si se me pasa esta figura comercial, no podrá negárseme que el siglo XIX ha cobrado una buena porcion del importe de esa letra.

En esto llegó el criado, que venia del cuarto de doña Ana, y dijo que aún no se habia acostado la señora.

—Vamos, pues, á verla—dijo D. Acisclo.

—Y los dos amigos salieron del gabinete, con direccion á la estancia de la señora de Añorbe.

Mucha atencion, señores y caballeros; que aquí llegan Mónica y la Cigarra, llaman á la puerta, abre el portero y entran en el vestíbulo. Tienen que aguardar. Doña Ana ha recibido visita, y luego va á acostarse. Afortunadamente, doña Mónica es persona de confianza para los criados, y va y viene por allí dentro sin cumplidos ni temor.

—Mira, Solita, pasemos al salon de la niña y allí podremos aguardar.

Solita se dejó conducir, y llegaron al salon mencionado. Sentáronse.

¡Oh sueños de las *Mil y una noches*! ¡Fastuosos engendros de la quimera del lujo! ¿Cuándo podreis hacer algo mas bello que los muebles de este cuarto? Espejos, colgaduras, butacas que están diciendo: «Siéntese usted y descanse;» confidentes de terciopelo; mesillas de caoba, de palo santo, de maderas america-

nas, sobre las cuales andan jugando, á mil graciosos ejercicios, compañías de muñequitos de porcelana, desde el mono que va cargado con un reloj, hasta la berlina de cristal tirada por una cierva de *biscuit*, y que conduce frascos de esencias... ¡Nunca Soledad pudo imaginar cosa mas bonita! ¡Esto es vivir, y lo demás arrastrarse miserablemente por el mundo! Quien posea y goce tanta monada, debe de ser dichoso. La pobre niña sólo tenia ojos y alma para ver todo este museo de preciosidades de París y Londres, y creia encontrarse en la maravillosa cámara de una de esas princesitas de los cuentos, cuyo padre fuese mago.

—Qué... ¿Te gustan estos muebles?—exclamó doña Mónica.

—¡Que si me gustan! ¡Madre divina! ¿Y á quién no le gustan? ¡Si todo esto debe costar mas miles!

—Muchos miles cuesta, sí, Solita, muchos... Como que la dueña de la casa es rica, inmensamente rica... Y verás qué amable, ¡qué hermosa!

—¡Qué dichosas son algunas personas! ¡Rica y hermosa!

—Así están repartidas por Dios las mercedes. El sabrá por qué no lo están de otra manera.

—¿Y esto es el salon de una niña?

—Sí. El salon donde á una niña, que se

llama Lucila, la dan leccion todos los dias... ¡Ah! ¡No creas tú que todo es oro lo que reluce! Aquí hay que pasar apurillos tambien, y los que pasa Lucila para aprender una lengua enrevesada del *extrangis*, una pícara lengua de herejotes é impíos, no son flojos.

—¿Y para qué aprende esa lengua?

—Para ser instruida, sábiamente educada, fina, como corresponde á una señorita de buena familia. Por eso la enseñan una lengua de *extrangis*; á bordar, á tocar el piano, á pintar... Mira, aquí hay un *album* llenito todo él de pinturas preciosas por Lucila.

Tomó de un velador la anciana un grandísimo libro, ricamente encuadernado, con tapas de marfil y dorado canto, y, abriéndole, le puso delante de Soledad, quien muy quietecita, sin atreverse á acabar de sentarse en aquella butaca tan blanda, permanecía espetada y tiesa. La Cigarra echó sobre el libro una mirada respetuosa y tímida, que parecia envolver esta idea: «Dispéñseme Vd., excelentísimo señor libro, si me atrevo á mirarle con mis pobrecitos ojos.» Doña Mónica mostró á Solita la primera página y la segunda, y cien mas. Habia allí pájaros divinamente pintados, con sus piquitos negros, sus alas azules, su cola verde y sus patas amarillas; perspectivas de ruinas, con estátuas derrumbadas; estudios de ojos y de bocas, en todas las posturas que pueden tener la boca y la pupila: abiertas

unas, como quien admira y traga, respectivamente; otras cerradas, como quien duerme y calla, respectivamente tambien; flores diseñadas, con tanto arte, que se creeria que nacieron en el libro; y así por este orden, cuantos caprichos puede producir un pincel ó un lápiz, y dignos todos de Velazquez... cuando Velazquez no sabia hacer cuadros.

—¿Y cuántos años tiene esa señorita Lucila?

—¿Cuántos? Poquísimos. Ocho ó nueve.

—¡Madre de Dios, pues si á los nueve años hace estas cosas tan bonitas, cuando cumpla los veinte...

—Cuando cumpla los veinte no hará nada; se le habrá olvidado cuanto ahora hace... Estas habilidades de señorita duran unos años, y luego se pierden.

—¡Virgen del cielo, qué cosa mas rara!

—Después, al llegar á los diez y siete ó diez y ocho años, se piensa en otras cosas. Otro género de aficiones se apodera de las almas... En fin, tú no entiendes ahora lo que digo... Solita, voy á dejarte, para ir á advertirle á esta señora nuestra llegada... ¿Te causa miedo quedarte sin compañía?

—No, señora. Vaya Vd. si gusta... Pero, ¿y si vienen, y... y me echan á la calle?—repuso la Cigarra, mirándose con lástima de arriba á abajo.

—¿Qué han de echarte? ¡Qué humildad tan grande la tuya! Pues no faltaba mas,—con-

testó Mónica, dirigiendo con sus ojos un reto á la puerta, como si detrás de ella estuviese el que iba á atreverse á arrojar á la niña fuera del salon.—¡Veríamos quién se atrevía á decirte la mas pequeña palabra mal sonante!

—¡Vaya Vd.! ¡Vaya Vd.! que aquí espero.

Alejóse doña Mónica, y Sola quedó como su nombre indica.

Era un espectáculo encantador el de aquella celestial criatura, sentada á medias en el borde de una butaca, con las dos bandas del manto sostenidas contra el pecho por las blancas manos, y el velo, mal prendido, sobre la frente, bañándole de sombría oscuridad. Sus tímidos ojuelos movíanse arriba y abajo, mariposeando, y habia en ellos tal expresion de curiosidad, de anhelo, de ánsia, por saber en qué pararian todas aquellas alternativas de su mísera vida, que parecia asomada á sus negros cristales un alma entera, llena de preguntas y vacilaciones. Las gruesas trenzas, enlazadas sobre las sienas, dibujaban, entre los pliegues del manto, la disposicion del sencillo peinado. Era una cabeza griega bajo un manto judáico.

Soledad pasó revista á los muebles, inspeccionó los rincones de la sala, admiró aquellas flores de estufa, que crecian en tiestos de porcelana, puestos junto á la chimenea, al amor del hogar, como enfermitos convalecientes; aquellos cuadros de sublimes pinturas, en que

los severos rostros de antiguos personajes vestidos, cuál con cota de malla, cuál con la toga del jurisconsulto, representaban allí toda la genealogía preclara de los Añorbes de Lustrgrande. Tener aquellos retratos delante, era como vivir siempre junto á las personas que imitaban y recibir sus miradas, ya alegres y de gratitud, ya de enojo ó ira. La Cigarra contempló mucho rato tales obras de arte, y hallólas tan perfectas, que,—¡miren lo que es la alucinacion!—hubiera jurado que un comendador de Montesa, cuya *vera-efigie* estaba frente á ella, sonreía y parpadeaba; que un oidor, de no sé qué Chancillería, el abuelo de D. Anastasio Añorbe precisamente, la fulminaba miradas de juez, erizando el bigote y poniendo tiesas, cual puas de puerco-espín, las ralas cerdas del barbuquejo, que, á guisa de barba, usaba su excelencia; que una dama juvenil, vestida á la moda del año 62... Pero ¿estás cierta de ello, Solita? Sí, sí, no hay duda... La Cigarrilla se puso pálida, blanca, toda la sangre afluyó á su pecho, dejándola sin animacion ni color las suaves megillas.

¡Ah! Y no es para menos. Imagine el lector, y así encontrará explicable la sorpresa, el asombro que se apoderó de Solita; imagine, repito, que sobre la chimenea hay un espejo, y que frente á ese espejo, en la otra pared, hay un retrato de mujer, cuya faz el espejo copia. Pues bien; Solita miró el espejo y halló

reproducida en él dos veces su exacta fisonomía. Era aquello como haber sacado otra Solita y haberla puesto junto á la Solita verdadera; haber traído una Solita bien vestida y haber echado su imágen sobre el azogado cristal. ¡Qué prodigio! ¡Qué milagro! ¡Qué maravilla! En la parte inferior del espejo veíase la faz marmórea, angelical, de Solita, con su humildísimo vestido; en la parte superior la faz de Solita, con los colores de la salud y la dicha en las divinas megillas, un sombrero de paja, graciosamente agachado sobre las cejas, y los rizos cayendo por los hombros. Debajo del primer segmento de la luna, podría haberse escrito este letrero: «*Solita, rica;*» y debajo del segundo, este otro: «*Solita, mendiga...*» Ella estaba absorta, muda, quieta, como paralizada y sin vida. No respiraba, no movía los párpados; creeríase detenido en ella todo impulso de existencia, y quieto estaba también su pensamiento, sin osar hacer un juicio, una suposicion, una pregunta.

Yo no sé cuánto tiempo permaneció en aquel estado indescifrable. ¿Fué un cuarto de hora? ¿Fué una hora? ¿Fué un segundo? No lo dicen los papeles de donde esta puntual relacion se va sacando, y ¡guárdenos el cielo de dejar á caprichoso cálculo tan importante detalle! Sábese únicamente, que cuando Solita comenzaba á volver de su asombro, iba el día

aminorando sus resplandores, y que una luz amarillenta, con que el sol, ya en los confines del horizonte, se despedía, entraba por las ventanas de la estancia, tiéndolo todo de triste color pajizo. Oíase la música de un organillo, cuyas flautas tocaban un conocido retazo de ópera, destrozándolo cruelmente. Música alborotante y chillona, con que el arte se venga de los que quisieron crearle en una máquina, llenaba la vecina calle, haciendo asomarse á los balcones á las doncellas de labor y cocineras de aquellas casas.

¿Quién no ha estado triste un par de veces por semana? ¿Quién no recuerda esa ternura con que entonces se escucha la música, aunque sea la música de un organillo? Las almas buenas se encuentran á veces en predisposición tan grande para el llanto, que un compás de la *Gran Duquesa*, un *wals* de Metra pueden arrancarles lágrimas. Esto sucedió á la Cigarra cuando oyó las inarmónicas armonías de aquel organillo argelino, cuya cigüeñuela movía el brazo del hambre. Pierde el tiempo quien busque la relación que pudiera haber entre la música de aquel organillo y el dolor confuso y profundo de la Cigarra. Lo que yo aseguro es que lloró, que sus celestiales ojos se cerraron como para contener la desbordada pena, y que por la tela del manto resbalaron, en gotas cristalinas, esos diamantes del alma, que busca eternamente en lo recóndito de

nuestro sér la mano implacable de la desventura.

Solita consideró entonces su situación, su pasado, oscuro como el crepúsculo, su porvenir, negro como la noche. Vióse camino de Madrid, con su guitarrilla á la espalda, cantando coplas á las puertas de las posadas, huuyendo de los perros, perseguidores encarnizados de la gente astrosa y desarrapada, que le hacían la guerra, enseñándola sus dientes y respondiendo al timbre argentino de su vocecilla delgada con lúgubres aullidos; vióse hambrienta, desfallecida, marchita, sin aliento, en una oscuridad que ahogaba. En vano agitó sus manos buscando otras manos cariñosas. Tendió los brazos, y palpando aquí y allá, como náufrago que busca una tabla á que asir su vida, tropezó con el brazo del sillón. ¡Qué horror! El frío de la madera trajo á su memoria la mano helada de su madre, cuando la pobre baldada dejó de respirar, cuando la luz de sus pupilas se tornó vidrioso reflejo de la luz de una vela de sebo que cerca del lecho funeral ardía con fulgor moribundo... Vióse luego en un espacio sombrío, nebuloso, cayendo sin cesar, como piedra que se arroja al abismo. Y caía, caía, caía sin llegar al fondo nunca; ¡viaje espantoso por un país de nubes, donde no había ni un rayo de sol! ¡La guitarra era un peso abrumador que precipitaba su caída, era una fuerza que aumen-

taba la celeridad de su desplome, era algo que la arrastraba hácia abajo con su pesadumbre!... ¡Y el organillo seguía sonando en la calle como una carcajada musical de diablos burlones, como una disputa de chiquillos que lloran y se abofetean, como una orquesta de quejidos y risas!... Despues, cayendo siempre, sentía que le quitaban la guitarra, que unas manos enormes, morenas, arrugadas y temblonas québraban el frágil instrumento.

Veía entonces alzarse delante de ella un figuron, un espantajo negro, un mónstruo que tenía en los brazos membranas peludas de murciélagos, y una cabeza en que chispeaban dos ojos vivísimos. Aquella cabeza se cubría con un sombrero de teja, cuyas alas movíanse como alas de buitre. ¡Espantable vision! El mónstruo cogía el cuerpo de Solita entre sus brazos y se le llevaba por los aires... Despues no veía otra cosa la pobre muchacha sinó oscuridad y mas oscuridad.

Experimentó la Cigarra un temblor convulsivo, á modo de irradiacion de frio que, partiendo del corazon, exparcíase por todo su sér. helándola un ahogo angustioso, un deseo de reposar absoluto, y una tendencia á la quietud, como la que se apodera de los vivos al morir. Por fin no sintió nada mas. Quedó allí, sobre la butaca, inmóvil, sin aliento, cada-érica.

Mas, ¿y doña Mónica? ¿Y la señora de Añor-

be? ¿Qué motivo pudo detener á aquella tanto tiempo en su embajada? ¿Qué impedía á la segunda volar de su estancia al encuentro de aquella pobrecita niña? Esto lo sabremos ahora.

Cuando doña Mónica entró en el gabinete de doña Ana, hallábanse en él D. Acisclo y el conde del Bajo-Imperio.

—¡Hombre!—exclamó Añorbe, viendo á la anciana,—¿á qué bueno se debe esta visita?

—¡Ah, Mónica! ¿Has venido por fin,—dijo doña Ana, mirando con ánsia á la hermana del capellan.

—Sí; ha salido mi hermano, y he venido un ratito—repuso ella, al mismo tiempo que dirigía una mirada de inteligencia á la enferma.

—Bien hecho, bien hecho—añadió D. Acisclo.

—¿Cómo estás, Ana?

—Me encuentro bien, muy bien.

—Ana siempre dice eso; no hay que preguntarle. Dirá que se halla bien en el momento antes de morir. Es una resignacion inagotable.

—No; es que realmente me hallo buena.

—Ana, Vd. debía distraerse,—afirmó el del Bajo-Imperio, golpeándose la rodilla con el leve junco que traía.—Es preciso gozar del mundo, y Vd. hace la vida del anacoreta; pero una vida de anacoreta áun mas aburrida,

meritoria y abrumadora que la de los que en el yermo se pasaban los años mirando una calavera, leyendo un libro y soñando con el cielo por las noches, despues de azotarse muy á su sabor las carnes durante el dia.

—¡Qué exageracion!—replicó Ana, fijando sus ojos en la vieja con curiosa insistencia.

—No es exageracion,—prosiguió el aristócrata.—Anoche lo decia yo á las de Huerroncra. —Anoche lo decia yo á las de Huerroncra. «Ustedes no conocen mujer mas santa, mas piadosa, mas preocupada con la salvacion de su alma, que la esposa de nuestro amigo Añorbe;» y todos convinieron en ello.

Doña Mónica no apartaba sus ojos de los de doña Ana. Mirábanse aquellos cuatro ojos, queriendo preguntarse, responderse, hablar, salir de dudas, y no pudiendo encomendar á las lenguas este encargo, por la inoportuna presencia de Aciselo y el conde, estábanse atentos los unos á los otros, como dos mudos que quieren revelarse un secreto trascendental, y á quienes tienen agarrotados para que no puedan servirse de las manos como signo de expresion. Esos diablillos menores que nos pierden el baston cuando queremos salir de casa á hora fija, que atrasan el reloj y nos hacen llegar tarde á la cita mas importante, andan, sin duda alguna, por aquella casa sometiendo á tortura cruel los espíritus de la señora de Añorbe y de su amiga. ¡Si al menos

se marchasen pronto los dos caballeros! Pero ¡cá! si el señor conde es uno de estos séres de plomo, que en cayendo en una silla y tomando la palabra no hay fuerza humana que le prive del uso de su oratoria verbosa, incolora é insustancial, ni motivo que le saque de su condicion reposada é inalterable. ¡Harto lo sabia Ana, y esto acrecentaba su apuro! Era una fatal coincidencia, una coincidencia irremediable. ¡Qué pretesto buscar para salir del gabinete? No le sugeria ninguno su magin. Quiero que me digan Vds. si una enferma, que se halla confinada por la ciencia á una habitacion, y á quien se prohíbe salir de allí, so pena de reincidencia en la enfermedad que padece, puede hacer lo que en un principio pensó Ana.

—«Ahí está Soledad,—dijo su pensamiento. —Ahí está esperando. El bárbaro acaso que nos ha separado me impide ahora verla tan pronto como quisiera... ¡Infeliz! ¡hija de mi alma! Voy á levantarme, pretestando que deseo dar una vuelta por la casa, y de ese modo me libraré de mi marido y del conde, los cuales parece que vienen para rato... Probablemente la ausencia de D. Pedro será corta, y si vuelve antes de que Mónica y Soledad hayan salido de esta casa... ¡Jesús, mil veces! ¡Qué indignacion no será la suya! Este señor, tan apacible y manso de ordinario, muestra, á veces, cuando su ánimo se subleva, una irri-